

El vuelo de los grillos

Por Federico Guido Fiorentino

Prólogo

En la esquina tuvo que frenar. Ya había caminado más de diez cuadras arrastrando las piernas, sobre todo la izquierda. Hizo ese gesto característico que siempre hacía cuando estaba cansado; sostuvo su cadera desde atrás con sus desastradas manos de carpintero, formando dos arcos con sus brazos detrás de su espalda. Su rostro lo decía todo, estaba exhausto.

Desde que la esclerosis múltiple comenzó a convertirlo en un joven viejo, su cuerpo se fue transformando en algo parecido a un coche de tercera o cuarta mano, esos engañosos, que por fuera parecen estar bien, pero que no arrancan, o que arrancan echando humo, pidiendo en un seco ronroneo un cambio urgente de carburador. Así estaba su cuerpo aquel viernes.

Pero a pesar de tener que arrastrar sus pesadas piernas, esa tarde su espíritu era el de un niño. Algo había en él que lo había renovado. Si alguien lo mirara fijo a los ojos, con ganas de observar más que de ver, podría notarlo detrás de su cansancio. Esa tarde se sentía plenamente feliz —si es que alguien puede sentirse plenamente feliz—. Y no era porque había logrado vender el mejor mueble de su local, después de un par de meses de sequía; tampoco porque era un hermoso día de verano, que lo era, efectivamente. Había algo oculto en su mirada; yo lo noté, porque tenía ganas de observarlo, más que de verlo, o más bien, porque siempre solía observarlo.

Pasé a buscarlo por lo que él se negaba a llamar hogar. Lo vi salir por aquella puerta verde, roída por el sol y el viento, arrasada por tantas vidas que pasaron por allí, por tantas historias de fracaso, tantas desdichas acumuladas, sostenida lastimosamente por tres bisagras oxidadas, que siempre rechinaron al abrirse. Él salió, mi padre, con la templanza de quien no quiere ser uno más. Lo vi pasar por delante del cartel que decía: “Hogar de Externación del Hospital Psiquiátrico Dr. José T. Borda”; y lo noté estoico, decidido a ser quien le devuelva el color y el brillo a aquella puerta verde, simplemente, porque se propuso no ser olvidado.

Me escuchó atento. Relaté como si supiera todo lo que iba a hacer en la playa con mis amigos. Le hable de los partidos de fútbol que íbamos a jugar en la arena; de la subida al faro de Quequén; de las salidas por la noche a los boliches de Necochea, de los paseos por la peatonal, de los helados del Tirolo, de las carreras en bici, de los desafíos de tenis que jugábamos siempre en el portón de Don Mariano... Faltaba sólo una semana y ya estaba muy ansioso.

Recostados sobre las palmeras de la Plaza España, leímos unos cuentos de nuestro libro favorito: una compilación de micro-relatos de autores latinoamericanos, que él había encontrado en la sección de ofertas de alguna librería de la calle Corrientes. Nos reímos mucho con los finales alternativos inventados, o las reversiones de mi padre, cambiando el tono, algún personaje o quizás el género de la historia: lo que era un drama lo convertía en humor, lo que era de acción lo hacía romántico, siempre acompañado por un sesgo de ironía.

Decidimos que era hora de volver, cuando el sol comenzó a ocultarse detrás de la cancha de bochas, porque nos dificultaba bastante la lectura. La tarde era hermosa, perfecta para ir caminando despacio las tres cuadras que nos separaban de la habitación de mi papá. Como siempre, tomó su bastón, lo apoyó con firmeza contra el suelo, e hizo fuerza con la pierna derecha, tratando de no cargar la “pierna boba”, como él burlescamente le decía a la izquierda. Estiró el brazo para que lo ayudara, pero en el mismo movimiento un puntazo intenso en los riñones lo dobló de dolor. No gritó, para no asustarme. Intentó disimular su aflicción, pero lo observé bien; en sus ojos no había dolor, sino una intensa y determinante preocupación.

La mañana de Fermín

Aquella mañana, no fue como las demás. Él no se sintió como siempre; no necesitó espátulas ni ridículos convencimientos para despegar su cuerpo de su andrajoso colchón. Fue como si algo lo expulsara hacia arriba, como si el sol, que no había entrado por su ventana en los últimos días, lo desafiara. Esa mañana no dejó sonar el despertador más de diez veces, no se levantó entre sueños y lágrimas mal disimuladas, deseoso de que la misma tasa de café que lo acompañara los últimos catorce años, le ofreciera falsas energías.

Fue como si los hilos que ayer arrastraban su cuerpo por la inercia se relajaran por primera vez en mucho tiempo; como si sus movimientos nuevamente fueran de él. Sintió muchas cosas, pero casi no pensó en nada. Algo estaba diferente, lo sentía en los huesos, y no era la humedad, porque el sol brillaba intensamente y el aire estaba seco. Fue tan distinta aquella mañana que decidió ducharse, lavarse la boca, afeitarse, y acomodarse el pelo, con su peine sin dientes, estirado hacia el costado a lo Gardel, como le gustaba a su mujer.

No desayunó un mate relavado y las mismas tres galletitas marineras sacadas del frasco de vidrio color caramelo sin tapa, no raspó con la cucharita el fondo del frasco de mermelada casi endurecida por el frío de la heladera, ni se resignó por la falta de azúcar. Se puso el pantalón, la camisa menos desgastada que tenía y su saco preferido; se perfumó con su colonia old spice y fue directo al barcito de la esquina, donde pidió un cortado con tres medialunas.

En el trayecto, su sonrisa fue leve, pero real y sincera. Pareció tener una cara nueva; los vecinos lo miraron extrañados, de su casa al bar y del bar a la plaza. Ya en la plaza, caminó hábilmente por los senderos recién renovados y cuidados “junto a los vecinos” por Chicken hot S.A. Hasta tuvo el entusiasmo para acariciar a un perro que lo había olfateado. Esta vez no arrastró sus pies, ni se quejó por las suelas gastadas por los costados. No se quejó del reuma al volver a su departamento, ni siquiera cuando subió por las escaleras porque el ascensor estaba “fuera de servicio”, como de costumbre.

Esa misma mañana no miró el noticioso ni leyó las necrológicas para ver si había muerto algún conocido. Tampoco les gritó a los chicos por jugar al fútbol en la puerta del edificio; por el contrario, cuando la pelota rebotó contra el oxidado portón, la tomó con sus manos, la lanzó por el aire y la pateó como Amadeo Carrizo en el mundial de Suecia del '58, o por lo menos eso le dijo a los niños, quienes rieron por el absurdo.

Aquella mañana fue como ninguna, apenas despertó, todo fue especial. Pero no porque no sintió el reuma, no porque se permitió jugar al fútbol con sus pequeños vecinos, ni por haber vuelto al bar de la esquina. Esa mañana, Fermín, obrero metalúrgico, casado y viudo de María Inés, ama de casa, sin hijos ni hermanos, por primera vez en catorce años iba a tener una cita. Y por eso se preparó como merecía la ocasión. Compró flores en el puesto de la vuelta y una caja de bombones de chocolate rellenos con dulce de leche con nuez en la confitería de la otra cuadra; reforzó su old spice, planchó con sus dedos las rayas de su pantalón y se sentó a esperar a su amada en el desgastado sillón de la sala, con las fresias amarillas en una mano y la caja con forma de corazón en la otra.

La impaciencia no lo dominó, era un hombre grande y con experiencia en encuentros amorosos. La tranquilidad de la victoria inevitable y la certeza de aquel encuentro despejaron los posibles nervios. Se había preparado con demasiado tiempo, nada más que catorce años. Miró su camisa, alisó una manga con su antebrazo, y se abrochó un botón rebelde. Un suspiro hondo avizoró el encuentro, acompañado de un tenue viento que hizo bailar las cortinas de su ventana. Su rostro evidenció la paz con la que recibió a su amada, María Inés, en el mismo momento en que las flores caían al suelo, y los bombones rodaban entre sus zapatos viejos y comidos por el mundo en sus costados.